más dispares sensaciones, desde el deslumbramiento ante el cinematógrafo hasta el sobresalto de lo esencial misterioso en la conciencia de una niña —su sentido de lo religioso. Ya lo dije antes: es como un caleidoscopio caluroso, humeante, que nos contagia su calor, y es éste un gratificador contagio.

No sería difícil escribir muchas páginas a base de comentar cada una de las incidencias que Rosa va confiándonos en su libro: su relación con sus padres, conmovedora y asombrosamente adulta; su amistad confidente con su tía Eloísa; la historia del sepulcro de doña Elo. La mágica vida de los objetos, los muebles —esa tierna insistencia de Rosa con los muebles, su continuo «algún día hablaré de ese armario, esa cómoda», esas porcelanas... Y la visión nostálgica, inarticulada y balbuceante de ese Valladolid, que casi sentimos bajo nuestros pies, escapándose y permaneciendo a un tiempo como la propia infancia. Sería posible escribir largamente sobre su llegada a Madrid, sus tías madrileñas con retoques tropicales. Su abuela, su increíble abuela; sus tíos y, en fin, todo ese daguerrotipo que de pronto cubre nuestro propio existir, pidiendo prioridad en la memoria. Pero eso ya lo ha hecho ella mejor que podríamos hacerlo nosotros. Y lo ha hecho precisamente para nosotros, para todos aquellos que aún confían en esa cosa misteriosa, inaprensible y única que llamamos la vida. Por ello, el mejor comentario final para este libro tal vez sea aquel verso de Luis Rosales: mirar es un milagro.—*FRANCISCA AGUIRRE (Alenza, 8. MADRID).*

ADOLF PORTMANN, PAUL TILLICH y otros: *Vida y trascendencia.* Monte Avila Editores. Caracas, 1970, 204 pp.

La vida —ese fascinante milagro que protagonizamos con indolencia— sigue siendo un alud de misterios. Nos sobrecoge y nos excita. Intuimos que el hombre jamás se saciará de esta búsqueda ciega y amorosa. Jamás agotará nada, sino que un misterio le arrojará en otro. Y aun en la brusca revelación de algún enigma latirá —incesante— la presencia de otra realidad desmesurada.

Leo este libro y me sobrecoge una rara extrañeza. Su tesis apenas da cuenta de una realidad vastísima: la presencia de una múltiple metamorfosis que se va extendiendo —como una secreta y viva melodía— por territorios cada vez más complejos, en una tesitura que va desde la larva informe que presagia la mariposa hasta la suma transformación del místico. La gama es infinita. Y cada fase, cada mínimo atisbo, cada víspera es ya fiesta y milagro, microcosmos que

vuelve a desplegarse —ávido de ir a más— y va escalando inenarrables cotas. Nunca podremos desvelar del todo. La vida —como la poesía— es hija del asombro. Y ya es mucho no perder esa capacidad lúcida de asombrarnos ante misterios tan imperiosos y totales.

A lo largo de la densa lectura —204 páginas— sentimos muy cerca (expresándonos el estupor, el miedo, la creciente fatiga, el anonadamiento fatal) aquella frase de Katherine Mansfield:

¡Oh! Vida, Vida misteriosa, ¿qué eres?

Un duelo perpetuo enfrenta vida y muerte. La ascética cristiana —que exige cruz y abnegación total para alcanzar la parusía gloriosa— tiene su réplica sumisa en las sucesivas muertes pequeñas que entraña la más elemental metamorfosis. La creación se perpetúa mediante esa dialéctica muerte-vida. Nosotros mismos procedemos de muchas muertes. Más aún: el *quotidie morior* deja de ser una fría fórmula —más o menos patética— para erigirse en norma y cifra de una incesante modificación personal, que sólo concluirá —o quién sabe— con la propia y Gran Muerte rilkiana. Nuestras vidas son ríos. Agua sucesiva y diversa, aunque el rumbo sea idéntico. La común participación de la vida nos unce a las cosas, nos las relaciona. Somos quizá la cima de una jerarquía que repite la misma onda, pero en círculos cada vez más amplios y comprehensivos. Llegamos a sospechar, a intuir una solidaridad misteriosa entre los seres, de modo que casi nos sobrecoge la idea de Pascal hasta recitarla como un dogma profundo:

«... el menor movimiento afecta a toda la naturaleza; el mar entero cambia por una piedra».

¿Será verdad? ¿Hasta dónde se trasciende la vida? ¿Qué proceso la rige? ¿Qué plenos poderes la incitan? ¿Dónde el límite? ¿En qué punto de fuga se transforman el más acá y el más allá? ¿Podrá el hombre iluminar —siquiera fugazmente— esa tiniebla heterogénea? El presente libro se debate, atrapado por estos interrogantes tan atroces, queriéndolos desembrujar, tratando de acercarnos el misterio que entrañan sin que ese misterio nos aniquile. Con inmediatez. Con suprema modestia. A sabiendas de cuán ardua —y fascinante— es la tarea.

Libro temerario —pues aborda misterios esenciales—, pero no pretencioso. Escrito con la sobria sabiduría de quien se sabe desbordado. Intuyendo —por debajo de la maravilla— una suprema mano ordenadora. Los artículos son diferentes (escritos por famosos especialistas) y complementarios. Las ventajas son obvias. Independencia. Garantía de rigor y amplitud de visiones. El hombre —castigado y agraciado con ese don del entender— siente sobre sí el peso de un hondo enig-

ma: el cambio; la incesante vida sucesiva; el inmenso proceso que se opera a cada instante a todo lo largo y ancho del cosmos; la vida desplegándose como un aliento poderosísimo, ocultándose y tornando a resurgir con nuevas galas, entregada a la muerte y vencedora siempre de aniquilaciones totales. El triple proceso orgánico —estereotipado en nacencia, vivencia y muerte— parece no agotar todas las posibilidades. El hombre siente la confusión del cambio y la paradójica sed de una superación que le modifica. Le aterra disolverse —perder identidad— y le aterra la inercia como muerte prefigurada. De ahí su constante interrogación sobre la vida, «enemiga y amada»; de ahí su paralela versión fluctuante entre el ser estático (pensemos en Parménides) y el ser fluyente, contradictorio, diverso (el *panta rei* de Heráclito).

El primer artículo —escrito por el biólogo Adolf Portmann— analiza a nivel primario, los dramáticos procesos de metamorfosis en los animales. «Donde hay drama hay canción», ha escrito Picasso. En ese drama tenso y delirante —que parece abocado a una muerte sin término— late una clara intención: preservar la vida. Bajo esas misteriosas migraciones vemos agazapado al hombre mismo, pues todo le alude. Portmann va ascendiendo hasta arribar al hombre, tras una dilatada serie de anticipaciones que lo van perfilando, izándolo de no sabemos qué secretos orígenes.

En toda metamorfosis anida un hondo *para qué*. Y lo que —precipitadamente— tachamos de gratuito no es sino sentido oculto, secreto que se hurta a los pretenciosos. La mera casualidad no parece existir, pues el destino jamás se desentiende de su vela implacable. El cambio de plumaje en ciertos pájaros no alude únicamente a un proceso externo insignificante, sino que se constituye —más bien— en marca inequívoca de un cambio íntimo mucho más ambicioso. Lo mismo acontece con el canto o el grito que subrayan los grandes ritmos vitales. Pero hay más. Aquí todo es asombro. El proceso que extrae de una oruga viscosa y lenta ese prodigio de la mariposa multicolor —tan finamente definida por un poeta francés como *flor que vuela*— no es un proceso unívoco. En él se dan portentosos cambios de dirección, momentos de despegue, cuyas motivaciones permanecen celosamente ocultas. Portmann se pregunta:

«¿Qué cambio de disposición se lleva a cabo en una oruga que después de un período largo y monótono en que se ha alimentado de alguna planta —con frecuencia, una sola planta determinada—, de pronto mira alrededor buscando un lugar enteramente diferente apto para su vida de crisálida? ¿Qué transformación ocurre cuando este gusano se convierte en una inactiva crisálida, que en muchos casos ha

tejido previamente un capullo delicado del tipo del que nos da la fibra de seda? ¿Qué cambio de disposición lleva a ciertos gusanos a empezar de pronto a hilar una cinta de fibra delicada pero fuerte, de la cual ha de colgar la crisálida? Y, por último, ¿qué lleva a esa criatura a abandonar la envoltura de crisálida, extender las alas y alterar totalmente su forma de vida para convertirse en mariposa?» (página 14).

El cambio citado se ha convertido en paradigma de las más altas transformaciones e incluso en metáfora bellísima de las más delicadas transfiguraciones místicas. Sin embargo, escapa la intención más profunda. A ese manojo de enigmas apenas podemos llegar de un modo oblicuo. Los científicos constatan que un insecto privado de cerebro puede mantenerse vivo durante cierto tiempo, pero queda suspensa su metamorfosis. ¿Es, por tanto, el cerebro quien organiza esa transformación? ¿Pero cómo? ¿Por qué lo hace? ¿Por qué en este momento y no en otro? Los enigmas siguen erizados, tremendos. Y la referencia al misterio se impone con toda crudeza.

Otro aspecto —fugazmente aludido— es el del cambio como condición indispensable de supervivencia. En muchos animales, el cambio de forma —sin perder cualidades sustantivas— obedece a un cambio radical de contorno. Podría hablarse de un instinto de especie, de una flexibilidad nada caprichosa —puesto que aparece exigida por una amenaza de muerte—. Es el caso de ciertos parásitos que cambian de forma al cambiar el ser del que se alimentan.

Portmann insiste en un dato curioso, pero muy significativo: la metamorfosis completa parece incompatible con los niveles más altos de vida animal. Y explica: «Por metamofosis total entendemos un cambio de estructura que implica cambios esenciales en la conducta, en el funcionamiento del sistema nevioso y los órganos sensoriales; una metamorfosis, para decirlo con otras palabras, como la que se da en una etapa de crisálida» (p. 27). Nuevo enigma: ¿Por qué esa jerarquía? ¿Es acaso menos autónoma —salvando la diferente complejidad— una larva que una ballena? El problema de la individualidad es una de las primeras y más arduas consecuencias. Para los biólogos, el individuo perecedero es ante todo un representante intercambiable de la especie permanente. Portmann disiente de esa visión demasiado rígida y opina —basándose en recientes investigaciones acerca de las abejas— que en ese aparente mecanicismo de la especie homogénea laten vigorosas individualidades. La metamorfosis total no invalida el concepto de individuo, ni lo deteriora, ni lo niega, aunque parezca debilitarlo en ocasiones, en aras de la especie amenazada.

Existe un problema aún más delicado que fatiga a los biólogos: explicar los procesos ocultos que originan variaciones en los ciclos vitales fijos de una especie y producen así nuevas formas. La ilación total parece no existir, ya que en un momento dado se produce un cambio de dirección hacia una forma nueva. De ahí que el biólogo se encuentre en la doble perplejidad de no saber el porqué de esa mutación *caprichosa* y *sin atreverse a prever un futuro que parece víctima de* ese *capricho*. Así vamos arribando hasta el hombre. Portmann multiplica los interrogantes: «¿Fue 'un solo' gran proceso evolutivo lo que llevó a lo que hemos llamado la etapa humana? ¿O se cumplió mediante muchos pasos distintos?» (p. 44). Las respuestas son balbucientes. Cuanto más complejo es el orbe humano (complicado y enriquecido por valores estéticos, sociales, sicológicos, críticos, cosmovisionales...) más difícil es penetrar en él.

Conscientemente me he demorado en el artículo de Portmann, pues en cierto modo resulta ejemplar al poner de manifiesto la misteriosa complejidad de los niveles más bajos de la vida y su salto enigmático hacia niveles superiores.

Paul Tillich, teólogo de prestigio mundial, aborda un tema delicado y complejo: «La importancia del ser nuevo para la teología cristiana.» Las direcciones de lo nuevo —implicadas en su vivo centro— se van diferenciando como creación, restauración y renovación en un proceso irreversible. Tan irreversible y tan audaz que su colmo sobrepasa los límites espaciotemporales para ingresar en un contexto eterno. Tillich rechaza los ataques a lo nuevo —desde el misticismo, el determinismo, el naturalismo y el idealismo— como insuficientes y pretenciosos. Sólo el existencialismo —al separar la existencia de la esencia— ha posibilitado la tarea renovadora de la teología, pues el hombre existencialista es el hombre en su finitud, en su absurdo y en su culpa, pero también en su pasión irrenunciable por la libertad. Sólo un hombre así puede recibir la esperanza de una *metanoia* o cambio de dirección. El ser nuevo como restauración de un orden perdido se constituye así en génesis de la historia salvífica: cura, liberación, redención, rescate. Lo nuevo se erige en gozne de la Historia. El Evangelio nos presenta al mismo Señor que exclama en el Apocalipsis: «he aquí que hago nuevas todas las cosas». La cristología se funda en un Ser nuevo al que se accede por participación. Tillich parte de esa espléndida realidad para explicar el arrebato de la experiencia mística. Y exalta el amor como núcleo de este Ser nuevo: Ser de Amor. El amor como anhelo vehemente de reintegrar lo separado, con lo cual se torna fenómeno ontológico y no ya emocional. Tillich critica la pretensión de algunos teólogos protestantes que divi-

den falsamente *eros* (amor humano) y *ágape* (amor divino). No se oponen, sino que son complementarios. El artículo —prieto de audaces sugerencias— concluye con una conclusión referida al hombre de hoy, extraviado de sus más vivas fuentes: «... lo nuevo no puede llegarnos horizontalmente. A menos que lo eterno, lo esencial, prorrumpa sobre nosotros desde arriba, lo nuevo no puede cumplirse» (p. 70). Esta situación conflictiva —y no sólo un capricho teórico— justifica la esperanza de que el Ser nuevo se constituya en concepto central y dinámico de una nueva teología.

Lancelot Law Whyte estudia «El desarrollo de las ideas» en un artículo erizado de dificultades, pero lleno de atisbos. Si los procesos biológicos más accesibles —desarrollo de animales y plantas— entrañan insalvables lagunas, es obvio que el proceso de las ideas no se deje atrapar. Lo que suele llamarse —pretenciosamente— *historia de las ideas* no pasa de ser una frívola catalogación de fechas y citas. El contexto más vivo y cambiante del pensamiento se hurta una y otra vez. «El arte, no la filosofía de escuela, es la expresión más reveladora del estado mental de una época» (p. 78). Pero hasta el arte pierde su frescura, su inmediatez más viva en manos de eruditos estúpidos, que lo reducen a mero inventario yacente, a momia espléndida pero inexpresiva. Los expertos en lenguaje tendrían mucho que aportar al desentrañamiento de las ideas; pero ocurre que el lenguaje mismo —que utilizamos en toda su complejidad simbólica— permanece hermético. Cito un párrafo que evidencia la extrema dificultad que comporta toda génesis de ideas: «Cuando se es joven, se imagina que las ideas vienen en un instante, como el amor a primera vista sin preparación. A los treinta años se da uno cuenta de que tal vez se necesiten diez años de labor para madurar una sola idea. Más tarde quizá uno admita que detrás de los diez años de labor hay un siglo o diez siglos de preparación, llevada a cabo por otros. Detrás del momento estático del nuevo conocimiento está la continuidad del desarrollo, lenta y majestuosa» (p. 88). Pero la gran paradoja reside en que cada fase del proceso creativo se da antes de que pueda justificarse. Esto explica la momentánea inutilidad de una gran idea nueva. Es el aspecto aparentemente irracional del desarrollo de las ideas: «cada fase del desarrollo de una idea se cumple antes que el factor que la justificaría para la opinión causal ordinaria o utilitaria» (p. 89). El interés teórico de una idea —subraya Whyte— a menudo es evidente *antes* que se demuestre su valor práctico y social. Aquí el problema de la causalidad se complica con elementos supuestamente imprevisibles.

Heinrich Zimmer aborda la idea de «Muerte y renacimiento a la luz de la India». Ninguna otra cultura ha interpretado con tal pasión

el circuito eterno que se propaga a través de muertes y renacimientos innumerables: el *samsãra*. Fuego y Viento se erigen en poderosas divinidades alentadoras de la esperanza del muerto. Los viajes de renacimientos sucesivos a través de las esferas cósmicas constituyen el núcleo de una cultura de hace dos mil años, estructuralmente cuajada en el budismo Mahayana. El proceso —situado en el cosmos, como una proyección de la psiquis— va interiorizándose hasta generar una especie de mística, basada en la búsqueda del propio yo interior. El viaje cósmico que sigue a la muerte se anticipa en vida, como una acerada redención: «Quien encuentra su camino hasta el centro del propio yo, desde donde surgen todos los niveles del yo, todas las esferas del mundo, quien halla su camino de vuelta hasta su primera fuente con la pregunta '¿de dónde vengo yo?' nace y renace. Sabed que quien así nace es el más sabio de los sabios —vuelve a nacer de nuevo en cada momento de su vida» (p. 133).

«La transformación del hombre en el islamismo místico» es el tema estudiado —con gran rigor y amenidad— por Fritz Meier. La concepción de un Dios opuesto al hombre —por su infinita perfección— es común al cristianismo y al Islam. Esta situación genera una dialéctica de ascesis —anonadamiento, negación de sí mismo para acercarse a la Suma Perfección—, pues a pesar de ese abismo insondable, el asceta sabe que una chispa de la divinidad reside en él, y es esta chispa la que debe incendiar todo su ser hasta fundirlo con su origen divino. Es la idea de Empédocles: lo semejante busca siempre lo semejante. La parte debe reintegrarse al Todo, de donde procede. El místico islámico acepta una semejanza, pero recela de una total identidad (una tradición antiquísima impone la ruptura de la simetría en un pasaje de la alfombra, pues si la alfombra que se teje fuese impecablemente simétrica, remedaría —con insolencia— la perfección de Alá).

En los orígenes de toda iniciación mística se impone un hondo y saludable recelo. Sin la ayuda de Dios no se puede llegar a Dios. La conversión no nace del hombre, sino que viene a él desde el seno de la divina benevolencia. El peligro de un quietismo inoperante arrecia. Pero al lado de este místico *arrastrado hacia arriba* existe el que *da trancos*, superando todos los obstáculos a base de reflexión y esfuerzo. Ambos místicos conviven a veces en una única persona. La presencia de un mediador —o maestro— entre el novicio y la divinidad es irrecusable. El maestro *(shaykh)* ha vencido su yo y exige del iniciado una obediencia ciega. El maestro no es sólo el teorizante que adoctrina, sino más bien el vivo modelo que imitar. Meier analiza brevemente el proceso de desnudamiento místico, basándose en las cuatro funciones de la conciencia descritas por C. G. Jung: sensación,

pensamiento, sentimiento e intuición. Sensación y sentiminto muestran una notable afinidad tendencial. Los sufíes no exigen el rigor de la mística cristiana. Hablan únicamente de un *adiestramiento* de las sensaciones y sentimientos. En todos los planos —de sensación, de intuición y de pensamiento— se impone una redirección que apunta a Dios como Supremo Objetivo. La intuición es propiamente *conocimiento* místico. En suma, la mística sufí se resume en una rigurosa moralidad.

El libro concluye con un bellísimo texto de G. van Der Leeuw —famoso fenomenólogo de las religiones—. Su tema no puede ser más sugerente: «La inmortalidad». El texto demuestra que la inmortalidad no sólo no es contraria a la metamorfosis, sino que más bien la complementa y la dota de sentido. «Nuestra vida —concluye—surge y ocupa su lugar entre los dos misterios del antes y el después. Pero el mero hecho de poder hablar de antes y después nos demuestra que la muerte no se cumple, como tampoco el nacimiento, en nuestra vida» página 201).—*JOSE MARIA BERMEJO (Avenida del Manzanares, número 20, 1.°, A. MADRID-11).*

ANGEL GARCÍA LÓPEZ: *A flor de piel.* Colección Adonais. Ediciones Rialp. Madrid.

La poesía de Angel García López —nacido en Rota (Cádiz) en 1935— viene a representar de modo muy característico los rasgos definitorios de un grupo de poetas españoles cuya obra, surgida a la sombra de la de aquellos que inmediatamente les preceden desde el punto de vista histórico, ha adquirido posteriormente desarrollo dentro de una atmósfera poético-ideológica que podríamos calificar de híbrida e intermedia entre las propias de dos generaciones. En efecto, aunque en un sentido amplio, cabría considerar a todos ellos como pertenecientes a lo que de forma un tanto ambigua se ha convenido en denominar poesía española de posguerra, ya que básicamente su concepción estética y su *mitología* son las de aquélla ciertas implicaciones observables en algunos de los más recientes libros de esos poetas, entre los que *ad exemplum* pueden mencionarse *Juicio final,* de Miguel Fernández, y éste *A flor de piel,* que motiva la presente nota, hacen pensar, en cambio, en una suerte de propósito de aproximación a la poesía de los más jóvenes. Bien entendido que dicha aproximación no es ni mucho menos completa, ya que al centrarse exclusivamente sobre ciertos aspectos formales del poema y no sobre la concepción misma del fenómeno poético, es reveladora de un mero intento de actualiza-